

CURANDEROS MÍTICOS DE LA RIBERA DE NAVARRA

Javier ÁLVAREZ CAPEROCHIPI

jalcapero@gmail.com

Hacer una recopilación de todos los curanderos que han ejercido en la Ribera, sería una labor imposible. Hemos seleccionado para este artículo, tres curanderos míticos, cuyos apodos fueron; "Cebalobos", "Doctor Chicharro" y "Cabrito de Fustiñana", tres personajes de éxito en su quehacer en la primera mitad del siglo XX. Sus consultas estaban abarrotadas, los pacientes venían en autobuses de línea o tren, principalmente de San Sebastián, Pamplona Zaragoza y Rioja y guardaban cola en la calle hiciera frío o calor. Eran los curanderos personas importantes en sus ambientes, tenían por lo general un buen caserío con ganado y también influencia y autoridad.

INTRODUCCIÓN

Según la Academia de la Lengua, *curandero* es aquella persona que se dedica a la medicina sin tener ningún título académico que les respalde. La Organización Mundial de la Salud, añade un punto más para hablar de curanderos y ese es: el reconocimiento por la propia comunidad de sus habilidades sanadoras.

El don para curar y el aprendizaje, unas veces lo habían heredado de su entorno familiar y de sus circunstancias, otras de la vida misma, de la sabiduría popular, del manejo de hierbas y plantas (la botica del buen Dios) y por último, el don era atribuido también a unos supuestos poderes sobrenaturales. Un período, primera mitad del siglo XX, en que la medicina tecnificada de los grandes hospitales, no se había desarrollado completamente y no llegaba a todos los confines del territorio.

JUAN MARCILLA "CEBALOBOS" (CORELLA, 1870-1942)

"Cebalobos", apodo heredado de su familia, que tenía una granja con corderos, y que con demasiada frecuencia sufrían ataques de lobos que mataban a muchos de los animales.

En sus primeros tiempos se dedicó Cebalobos a los pequeños transportes en el entorno de su pueblo, que lo convirtió en un personaje conocido, como también era sabida su afición a las plantas

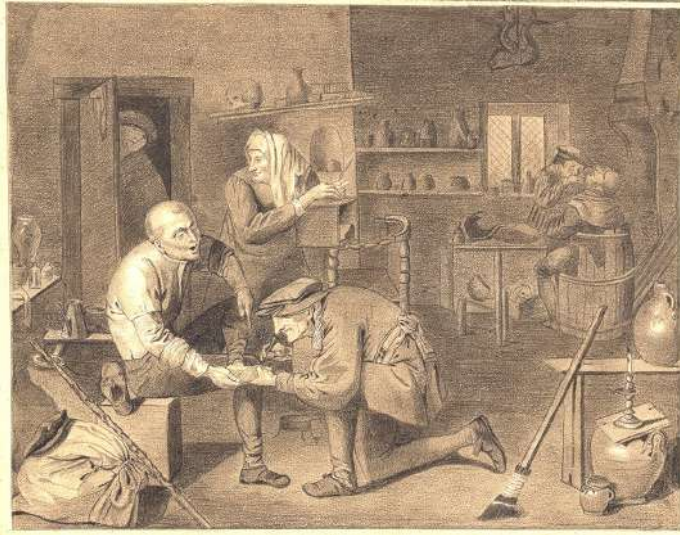
llamadas medicinales que utilizaba para aliviar males y dolores de vecinos y amigos. Sabemos también que tenía fama de ser un buen adivino, en parte por ser listo e intuitivo y también porque alguno de sus empleados, de manera intencionada y solapada, interrogaban a los futuros clientes en los autobuses de línea, posada... para saber cosas de ellos antes de la consulta y le informaban. Era un buen observador de sus clientes: piel, pelo, ojos, expresión que le ayudaba en su proceder.

Aplicaba remedios especiales, a veces escatológicos: a los que sufrían de riñón les colocaba moñigas de vaca en la zona, a los que tenía granos y acné les hacía ducharse y luego beber el agua de la ducha, a las mujeres que se quejaban de infertilidad les daba masajes con polvos triturados de matriz de conejo y a sus parejas les aconsejaba ingerir almendras o nueces y les ponía en sus partes emplastos de testículos de zorro. Como acababan de inventarse los rayos X, él no quería parecer anticuado. – Le voy a echar el rayo-, decía; en realidad, lo que hacía era un simulacro: encendía una vela en la oscuridad de un cuarto y dejaba pasar la luz de forma intermitente y los pacientes tan contentos.

Sus diagnósticos eran sorprendentes sobre todo por su vocabulario (de la academia de la lengua de la ribera que diría Iribarren); a las personas con estreñimiento y con muchos aires en las tripas, les decía que tenían "Un enrone del mondongo" (suponemos que quería decir intestinos enrollados) y a los que consultaban por asma, les decía que: "Tenían botados



Corella 1925. Cola en la consulta del curandero.



presión, hasta como una manera cariñosa de manifestar una protesta. Este era el caso de Lorenzo: masajista, herbolero y emplastero, con personalidad e ideas propias de mediados del siglo XX, que, en muchas ocasiones, para ayudar a recuperar a sus pacientes, forzaba los movimientos de las articulaciones, cosa que incomodaba o dolía. En alguna ocasión le llamaron cabrito.

Era Lorenzo también un aficionado a los tratamientos complementarios con infusiones de hierbas y emplastos que buscaba y preparaba con productos de su huerta; los emplastos los ponía en las zonas de dolor o inflamación después del masaje, consiguiendo grandes alivios del dolor de huesos y articulaciones.

Sus métodos eran algo incómodos, pues para mejorar la movilidad, forzaba un poco los desplazamientos de las articulaciones; cuando alguien le protestaba, contestaba "quien bien te quiere te hará llorar", así cuentan: que a una señora que acudió por dolor en una pierna, le hizo ir a la pata coja, pero apoyando la pierna dolorosa, y a otros, les hacía pasear por zonas donde tenía perros pastores amaestrados que les hacían correr.

Le consultaban por muchas cosas muy diferentes, su fuerte eran los masajes, que utilizaba para todo, tuvieras lo que tuvieras. A una señora que se quejaba de los ronquidos de su marido, además de los masajes, le dio una pastilla de valeriana para dormir y le aconsejó suprimir la cena, en su opinión: "había que desayunar como un rey, comer como un príncipe y cenar como un mendigo".

Una observación del masajista hizo subir muchos enteros el prestigio de su consulta. Un famoso pelotari de la época, que iba a jugar una final provincial muy importante, acudió a su consulta por dolores en la mano, recibiendo los correspondientes masajes en la mano y dedos. A la pregunta de un periodista, sobre su estado para jugar la final de mano individual después del tratamiento con Lorenzo,

contestó que no había mejorado mucho de la mano, pero sí del estado general, pues, durante los masajes se había curado de una infección crónica de sus amígdalas. Bueno, pues después de eso, la consulta se llenó de niños con sus madres, a modo de peregrinación y, también algunos mayores, que querían les dieran masaje en las manos para mejorar las amígdalas, y el fenómeno mediático se prolongó por muchos años. Algunos han llegado a considerar a Lorenzo, uno de los precursores de la osteopatía alternativa: arreglar desde la manipulación del esqueleto, algunas cosas que nada tienen que ver con el propio esqueleto.

¿Y LAS CURANDERAS?

Para concluir añadiremos unos nombres de guerra femeninos de siglos anteriores: "La Galdeana" de Tudela, "La Tía Flora" de Arguedas, "La Choya" de Cintrúenigo, "La Caramba" de Fitero, que estuvieron a medio camino entre curanderismo y brujería.

La diferencia principal entre ambos oficios, era: que los curanderos siempre han trabajado con la intención de curar, lo consigan o no, y van a utilizar básicamente productos beneficiosos que conocen bien -magia blanca-. Las brujas, que eran de una época anterior, actuaban según su conveniencia, unas veces hacían magia blanca para intentar aliviar y otras todo lo contrario, harían magia negra y elaborarían brebajes y potingues peligrosos de miedo o venganza. **PREGON**

